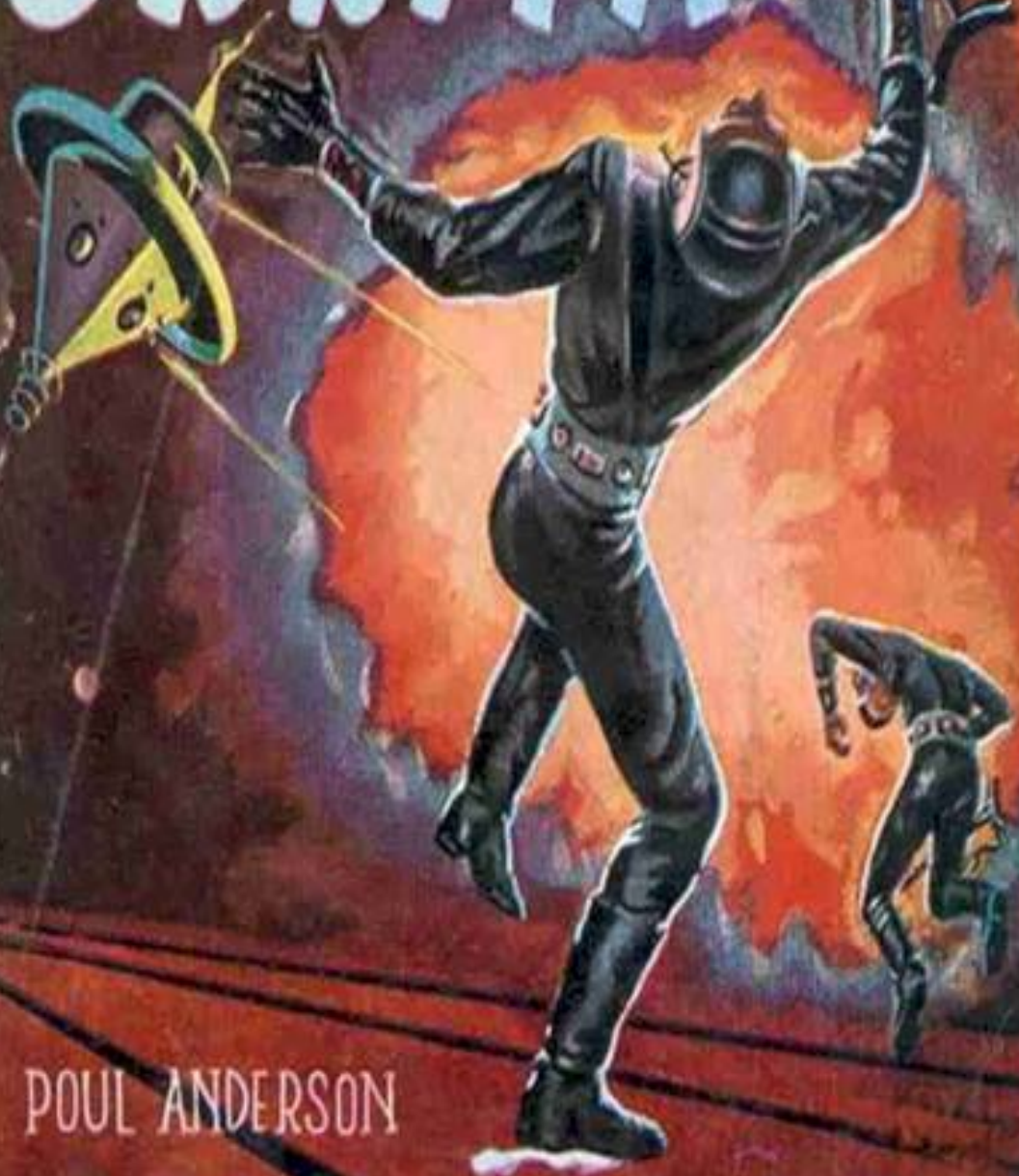


EN ÒRRITA



POUL ANDERSON

Los vigilantes de la patrulla percibieron el disparo de la chica antes de que el Jefe hubiese hablado. Se oyeron los primeros gritos de alarma. Bourtai hizo fuego sobre el conjunto. Las descargas de rayos iónicos se estrellaron en ellos y el capitán Sir Dominic Flandry cayó al suelo.

Así fue el inicio de la espeluznante misión de Flandry en Altai, uno de los planetas neutrales existentes entre dos culturas galácticas en guerra. Pero también podría parecer el fin de la aventura, ya que más allá de su posible huida en el planeta, yacían los restos helados, mortales para el hombre de una zona ultrapolar.

Capítulo I

LA VISIÓN que ofrecía el planeta Altai, visto al aproximarse en vuelo espacial, desde la oscuridad de los puntos de observación de la nave cósmica y mezclado con los enjambres de estrellas de lejanas constelaciones, resultaba, ciertamente, de una gran belleza.

Una buena parte de cada hemisferio se hallaba recubierta por los casquetes polares.

En ellos, las inmensas superficies heladas se hallaban teñidas por una suave luz rosada procedente del sol de aquel sistema planetario, en los espacios cubiertos por las nieves, mientras que los hielos eternos de los polos, irisaban con luces verdes y azuladas. El cinturón tropical de estepas, e inmensas llanuras, estaba coloreado desde el matiz bronceado hasta el oro pálido, salpicado por brillantes lagos plateados. A tres radios planetarios de distancia, brillaba, circundando el planeta, un doble anillo de polvo meteórico, reflejando sobre el ecuador su luz iridiscente. Más allá, en el espacio exterior, dos lunas giraban alrededor del planeta, como dos relucientes monedas de cobre entre las estrellas.

El capitán *Sir* Dominic Flandry, agente superior del Cuerpo de Inteligencia Naval del Imperio Terrestre, se aproximó al puente de mando de la nave espacial para contemplar, interesado, aquel extraordinario panorama.

—Ahora comprendo el origen del nombre de este planeta —murmuró.

En la lengua hablada por los colonizadores humanos del planeta y que él había aprendido por un procedimiento electrónico de un comerciante del sistema de Betelgeuse Altai significaba «dorado».

—Pero Krasna no es un nombre apropiado para el sol de este sistema —siguió *Sir Dominic*—. No es realmente rojo, para el ojo humano, en modo alguno. Ni tampoco aproximadamente como lo es Betelgeuse. Yo diría, más bien que es de color amarillo-naranja.

El rostro azul de Zalát, que pilotaba aquella nave comercial armada, se retorció en una mueca, que era el equivalente, entre los de su raza, a un encogimiento de hombros. Era un tipo moderadamente humanoide, aunque de talla inferior en la mitad a la de un hombre. Tipo vigoroso, desprovisto de cabello, estaba vestido con una túnica de redcilla metálica.

—Creo que tiene usted razón —replicó Zalát.

Hablaba el inglés con un terrible acento, quizá para remarcar su independencia como perteneciente al sistema de la estrella Betelgeuse —organización que servía de transición entre la de la Tierra y Merseia—, lo que hacía pensar que no habían hecho nada para contribuir a la corriente principal de la cultura interestelar.

Flandry hubiese querido más bien practicar su conocimiento del idioma altaiano, especialmente desde que el reducido vocabulario inglés de Zalát aparecía tan difícil, solo apto para conversaciones elementales. Pero prefirió olvidarlo. Como único pasajero de raza extraña, con especiales necesidades vitales, dependía de la buena voluntad del capitán de aquella nave. Y por otra parte, deseaba ser grato a las gentes de Betelgeuse.

Oficialmente, su misión consistía en restablecer contacto entre Altai y el resto de la raza humana. La misión no era fundamental y en consecuencia la Tierra no le había provisto de una nave especial en aquella ocasión, dejándole en li-

bertad de realizar aquel viaje espacial a su arbitrio. Así pues, dejó hacer a Zalát.

—Después de todo —continuó el capitán—, Altai ser primero colonizada hacer más setecientos años de Tierra en pasado, cuando empezar viajes por espacio. No descubrir mucho. Krasna deber parecer sol rojo y frío, después de Sol. Ahora tener más presunción astronáutica.

Flandry dirigió una mirada al universo poblado de estrellas, las había por miríadas, más de las que pudieran contarse, más de las que pudo imaginar nadie. Una estimación de cuatro millones, incluida la vaga esfera de influencia del llamado Imperio Terrestre, no era más que una insignificante porción de un brazo espiral de aquella Galaxia común. Aún añadiendo los imperios no humanos, los sistemas soberanos como Betelgeuse y los informes de los pocos exploradores del espacio que se habían alejado al máximo desde los antiguos tiempos de la exploración cósmica, aquella parte del universo conocido por el hombre, era aterradora-mente pequeña. Y por mucho que se esforzaran, siempre permanecería así.

—¿Con qué frecuencia viene usted por aquí? —preguntó Flandry alterando el denso silencio del interior de la nave.

—Una vez cada año-Tierra —repuso Zalát con su media lengua inglesa—. Pero haber otros comerciantes además de mí. Yo hacer comercio de pieles, pero Altai también producir minerales, gemas, productos orgánicos y otros que tener demanda en mi sistema. Así, haber naves de Betelgeuse frecuente camino para Ulan Baligh.

—¿Permanecerá usted mucho tiempo?

—Esperar que no. Esto ser molesto sitio para gente no humana. Haber establecida una casa para recrear nosotros, pero —y Zalát cambió de aspecto su azulada faz— haber muchas complicaciones. Última vez ya esperar un mes entero para completar cargo. Esta vez ser peor seguramente.

«Ya, ya», pensó Flandry. Y añadió en tono perceptible para Zalát: —Si los metales y maquinaria que usted trae como trueque comercial tienen el valor que usted afirma, me sorprende que los altaianos no adquieran naves espaciales para emprender tal comercio por su cuenta.

—Ellos no tener ninguna civilización comercial —repuso Zalát—. Recuerde, nosotros betelgeusianos venir aquí hacer menos de cien años. Antes Altai estar aislado. Naves espaciales primitivas que traer colonos hacer tiempo que estar muy usadas. Colonos tampoco tener interés después por otros contactos galácticos. Recordar usted que planeta ser tan pobre en metales pesados que construcción de naves nuevas sería muy costoso para ellos. Ahora puede ser que muchos jóvenes de Altai tratar de esa empresa. Pero últimamente el Kha Khan haber prohibido cualquiera de tales proyectos para salir del planeta, solo hacerlo para muy pocos de nosotros betelgeusianos que ser muy conocidos, todos de gran confianza y gente representativa del sistema de Betelgeuse. Esa prohibición es una razón para insurrecciones contra él.

—Ya comprendo —Flandry dirigió una hosca mirada a los vastos campos helados del planeta—. Cualquiera que quiera largarse de esta bola congelada y no pueda, cuenta, desde luego, con toda mis simpatías. Si este fuera mi planeta, creo que me dedicaría a buscar un enemigo que quisiera comprarlo.

«Y sin embargo allí me dirijo —reflexionó Flandry—. Cuanto más se agrieta y se desmigaja el Imperio, con más frenesí unos pocos de nosotros los espacianos buscando siempre mayor espacio vital... De no ser así la Larga Noche puede caer sobre el curso sacrosanto de nuestras propias vidas. Y con respecto a este particular —su mente continuó pensando— tengo buenas razones para creer que un enemigo está tratando de quedarse con el planeta».

Capítulo II

DESDE LAS NIEVES polares del planeta Altai, diversos ríos de gran anchura y poca profundidad se extendían en dirección sur sobre las estepas. En el lugar donde se encuentran dos de ellos, el Zeya y el Talyma, en el lugar denominado Osero Rurik, había sido fundada la ciudad de Ulan Baligh por los primeros colonizadores. Nunca había sido realmente una gran población; entonces era la sola permanencia como asiento de los habitantes humanos en el planeta, que no alcanzarían los veinte mil residentes. Pero el número de personas en sus alrededores era mucho mayor que esta cifra. Había sido el lugar de cita de los hombres de las tribus que venían a la ciudad para comerciar, reunirse o realizar ritos religiosos en la Torre del Profeta. Habían vallado la parte sur de la ciudad, que les servía de campamento, próximo al primitivo aeropuerto espacial, encendiendo sus fogatas a lo largo de varios kilómetros, siguiendo la orilla del lago.

Cuando el navío espacial hubo tomado tierra, el capitán Flandry estuvo más interesado en algo menos pintoresco. Había sobornado a un ingeniero para permitirle disfrutar de una maravillosa vista desde la torre de control del aeropuerto. Desde allí pudo observar la línea de monorraíl que circundaba la ciudad, por la que discurrían a enormes velocidades vagones especiales que viajaban como proyectiles. Observó el movimiento de transporte de modernos ingenios militares, así como muchos tanques y otros pertrechos. Vio igualmente los acuartelamientos y pabellones de tipo

militar en construcción al oeste de la ciudad, propios de un ejército en armas y un edificio cerca de la plaza del mercado central con todas las características de una gran central generadora de energía apropiada para toda la zona urbana, todo aquello era nuevo. Nada de aquello había sido construido en cualquier factoría controlada por el Imperio Terrestre.

«A pesar de todo, este material bien puede haber sido suministrado por mis pequeños camaradas verdes —murmuró para sí—. Si los merseianos consiguen una base aquí en la región neutral y nos rodean como en Cata Wrayanis... bien, ello no sería decisivo por sí mismo, aunque les permitiría extender su garra un poco más. Y si eventualmente, la mano se extiende lo suficiente, irán sin duda al principio de una gran guerra».

No era la primera vez que sufría alguna decepción amarga procedente de su propio pueblo, demasiado rico para gastar fortunas en un ataque abierto bajo la excusa —muchos de ellos aun negándola— que existiese una amenaza que pusiera en desequilibrio la gloriosa paz terrestre. «Después de todo —pensó sombríamente— era para alegrarse de estas locuras de su propio hogar, ya que la Tierra estaba en franca decadencia».

Pero en aquel momento, la Tierra se encontraba a trescientos años luz de distancia y él tenía un trabajo que realizar.

Por su mente discurrieron rápidamente los diversos hechos que la Inteligencia había captado en la región de Betelgeuse. Los comerciantes espaciales habían mencionado curiosas idas y venidas en un lugar denominado Altai. Disponían de poca información específica que suministrar, y solo les importaba de aquel lugar cuanto se relacionaba con sus negocios. La información pudo revelar finalmente, cuando los hombres de la Tierra la provocaron con oportunas copas de licor, y pasó al lugar correspondiente en los archivos secretos, dónde se hallaba el planeta, identificán-

dolo por fin, como una vieja colonia humana, alejada de los usuales caminos del espacio, aunque no tan extraviada como para no poder ser vigilada.

Una investigación a fondo hubiese requerido varios meses y unos cuantos cientos de agentes. En aquella tremenda dispersión del espacio entre tantas estrellas, la Inteligencia decidió enviar a un solo hombre. En la Embajada Terrestre en Betelgeuse VI, Flandry recibió un grueso expediente sobre Altai, con un avance de su labor y la orden de enterrarse de cuanto allí pudiera ocurrir. Después de lo cual, los componentes de la Inteligencia, sobrecargados de trabajo, le dejaron con su misión. Ya volverían a recordarle cuando volviese a informar de su misión, o al tener noticias de que hubiese muerto de alguna manera fuera de lo corriente. Pero si ninguna de aquellas cosas ocurría, Altai podría permanecer en la oscuridad por otra década.

«Lo cual sería una pérdida de tiempo demasiado larga», pensó Flandry.

Con aire despreocupado, Flandry volvió a su cabina, desde la alta torre de control. Los altaianos no sospecharían de que él hubiese visto sus nuevas instalaciones militares, o en todo caso, de sospechar algo, debían ignorar que su opinión sobre aquel equipo no era otra que la de suponer simplemente que se trataba de prevenir cualquier rebelión de tipo local. El Khan debía haber descuidado este extremo, al no esconder tal evidencia a los ojos del mundo exterior, sin duda alguna porque no esperaba ningún investigador terrestre que pudiese husmear sobre el particular. No habría procedido así, seguramente, de sospechar que tal investigador pudiese volver con tan importantes informes al Imperio Terrestre.

En la cabina, Flandry se vistió con su habitual cuidado. De acuerdo con los informes que poseía, las gentes de Altai gustaban de los colores llamativos en sus ropas, de forma ostensible. Escogió una blusa resplandeciente de color verde, una especie de chaleco bordado, unos pantalones

púrpura con medias botas de cuero en las que lucía una banda dorada, un cinturón rojo y una pequeña capa de igual color, tocándose con un casquete negro, que contorneaba apretadamente su cabeza, de cabellos castaños. Flandry era un tipo magnífico de hombre: alto y musculoso, denotaba una gran energía en su armónico rostro, agraciado con una nariz recta y unos grandes ojos grises y un pequeño y bien cuidado bigote.

El navío espacial tomó tierra finalmente a un extremo del aeropuerto. Frente al que acababa de rendir viaje, otro navío espacial de Betelgeuse se hallaba aparcado, confirmando lo referido por Zalut en relación con la frecuencia del comercio interestelar. No era precisamente una relación acelerada, sino continua, quizás una docena de naves estelares en un año-*standard*, y que constituía sin duda una razón de gran importancia económica local.

Al detenerse en el punto de desembarque, Flandry sintió el alivio de la gravedad del planeta, que era solo de tres cuartas partes de la terrestre. Se acomodó inmediatamente a aquellas nuevas condiciones. La ciudad de Ulan Baligh estaba situada a los 11 grados de latitud norte. Con una inclinación axial de rotación parecida a la de la Tierra y alumbrado por una estrella enana y pálida y sin océanos que modificaran el clima, Altai conocía unas estaciones casi iguales a las del ecuador. El hemisferio norte, acababa de pasar por el equinoccio de otoño y se hallaba en las proximidades del invierno. Una corriente constante de viento, procedente del polo y que Flandry encontraba fría, azotaba su rostro agradablemente.

Hizo su aparición pública con la dignidad que había imaginado, hallándose frente a la autoridad que le recibía.

—Saludos —dijo Flandry en el idioma altaiano que había aprendido—. Que la paz reine en vuestro espíritu. Esta persona se llama Dominic Flandry y representa al Imperio de la Tierra.

El altaiano parpadeó muy ligeramente sus ojos negros. Por lo demás su rostro permaneció impassible como una máscara. Era un tipo de nariz ganchuda y de espesa barba, su tez clara denotaba una mezcla caucasoide en su origen racial, como asimismo el lenguaje un tanto híbrido que hablaba. Era de constitución fuerte, maciza y talla más bien reducida. Vestía un gorro de piel, una chaqueta de cuero de complicada manufactura, unos pantalones de espeso fieltro y unas botas de graciosa línea. Llevaba al cinto una pistola automática de viejo estilo, a la izquierda y a la derecha un potente cuchillo.

—No habíamos tenido tal clase de visitantes... —repuso, y tras una pausa y concentrándose en sí mismo, se inclinó respetuosamente—. Sean bienvenidos todos aquellos huéspedes que vienen con honestas palabras —añadió con un acento ritual—. Esta persona se llama Pyotr Gutchluk, de la escolta del Kha Khan.

Se volvió hacia Zalat.

—Capitán, usted y su tripulación pueden proceder como de costumbre. Le veré a usted más tarde, después de las formalidades legales. En primer término, debo acompañar a un huésped tan distinguido como este al palacio del Kha Khan.

Dio una rápida palmada. Aparecieron dos sirvientes, similares en vestimenta y apariencia a él. Miraban con atención marcada al terrestre, al que no quitaban ojo de encima. A pesar del aspecto impassible de sus rostros, aquello era sensacional en sus vidas. El equipaje de Flandry fue cargado en un pequeño vehículo eléctrico de transporte de viejo diseño.

—Sin duda —dijo Pyotr Gutchluk— un gran orluk como usted, preferiría un *varyak* a un *tulyak*.

—Sin duda —repuso Flandry, comprobando que su idioma altaiano acababa de ser enriquecido con estas dos nuevas palabras.

Un *varyak* era localmente como una especie de motocicleta. Era un compacto vehículo de dos ruedas impulsado suavemente por un motor adecuado que disponía de un lugar atrás para los equipajes, yendo equipado en la parte delantera por una ametralladora, aunque Flandry supuso que no se trataba de un arma actual. La conducción se efectuaba por medio de una barra cruzada para ser guiada con las rodillas. Disponía de otros aparatos, entre ellos una radio emisora-receptora que se controlaba desde un panel en el parabrisas. Cuando el *varyak* marchaba muy despacio o se detenía, podía bajarse una pequeña rueda auxiliar en la parte izquierda, que le servía de soporte. Pyotr ofreció a Flandry un casco provisto de fuertes lentes, que tomó de una bolsa del sillín del *varyak*. Se puso al mando de la máquina y salió disparado a 200 kilómetros por hora.

Flandry se sentía golpeado terriblemente por el fuerte viento que al rebotar contra el parabrisas, le golpeaba el rostro y casi le hacía desmontar del vehículo. Pero era preciso conservar el prestigio del Imperio Terrestre y haciendo un tremendo esfuerzo se acomodó lo mejor que pudo a la grupa de la máquina tras Gutchluk.

Cuando irrumpieron en la ciudad, ya había adquirido la destreza suficiente, hasta permitirle volverse y mirar en todos sentidos. Una vista interesante de todo aquello se ofreció a su curiosidad.

La ciudad de Ulan Baligh se extendía a lo largo de las tierras planas de una enorme bahía sobre el lago. Más allá las aguas tenían un color intensamente azulado. Sobre su cabeza observaba un cielo azul profundo y los anillos del planeta, de color pálido durante el día, aparecían como un halo gélido entre la luz de aquel sol anaranjado. Gutchluk tomó un camino elevado, suspendido por enormes pilones en forma de dragones que sujetaban los cables entre los dientes. Parecía solo para uso oficial. Nadie transitaba por él, salvo alguna patrulla ocasional de *varyaks*. Por debajo, Flandry podía observar los techos curvados de los edificios

de ladrillo rojo, sobresaliendo de las viejas murallas de piedra, teñidas con un matiz rojizo por el sol. Todos los edificios eran de grandes dimensiones. Los de tipo residencial debían albergar a varias familias, y los dedicados al comercio se hallaban salpicados por pequeños locales al efecto. Las calles eran amplias, limpias y bien conservadas, y aparecían llenas de un público nómada, y de viento que soplaba sin cesar. La mayor parte del tráfico se hacía a pie.

Apareció, frente a Flandry el palacio con sus altas murallas, pudiendo observar en el interior los jardines y en el centro, la residencia real. Era una versión a escala gigante de las residencias de la ciudad; pero ornamentada alegremente y con esplendor. Enormes dragones de madera formaban grandes columnas, rematadas con otros dragones de bronce en el techo. Todo quedaba, sin embargo, empequeñecido frente a la gran Torre del Profeta, que se alzaba majestuosa a cosa de un kilómetro de distancia más allá.

Por las vagas descripciones de los betelgeusianos, Flandry había deducido que la mayor parte de los altaianos profesaban una especie de religión que era como una síntesis del budismo y del islamismo, codificada hacía siglos por el profeta Subotai. La religión contaba solamente con aquel gran templo, que era suficiente para todos. Aquella altísima torre se alzaba orgullosa en el aire tenue del planeta, como si quisiera alcanzar el cielo. Construida básicamente al estilo de una pagoda, pintada de rojo, tenía una gran terraza orientada hacia el norte. Y en ella, un gran panel, en el que había cinceladas, en una especie de alfabeto sinocirílico, las palabras del profeta, consideradas sagradas para siempre. Incluso el propio Flandry, poco reverente de costumbre, no pudo por menos de sentir un ligero sentimiento de respeto y temor. Una formidable voluntad había conseguido erigir aquella colosal edificación en semejantes terrenos de la gran planicie.

El camino elevado comenzó a descender gradualmente. El *varyak* conducido por Gutchluk se detuvo finalmente en

una puerta de acceso al palacio. Flandry, de talla más alta a la de cualquier otro tipo local, tuvo diversos inconvenientes al traspasar la entrada, estando a punto de golpearse varias veces por la estrechura del pasadizo que recorrían. En una curva final el pasaje era tan estrecho para la estatura de Flandry, que estuvieron a punto de estrellarse ambos. Finalmente soltó la tercera rueda de soporte del *varyak*, que acortó la velocidad hasta detenerse. Segundos antes, Flandry saltó ágilmente del sillín del *varyak* describiendo un arco en el aire, quedando rápidamente en pie.

—¡Por el Pueblo Helado! —exclamó Gutchluk, con la faz sudorosa—. ¡La Tierra engendra hombres temerarios a fe mía!

—Oh, no —repuso Flandry—. Una pequeña demostración; pero no temeraria. Nosotros siempre sabemos cómo actuar.

Una vez más agradeció mentalmente la educación recibida en su preparación atlética entre la que se hallaba la práctica del yudo. Una vez abiertas las puertas de palacio, Flandry flanqueó el camino altivamente, ante la asustada mirada de los soldados del Khan.

Los jardines que flanqueaban el acceso que habían seguido estaban poblados por toda clase de arbustos enanos, flores extrañas, puentes arqueados y rocas, y por todas partes líquenes de las más variadas especies. Ninguna especie vegetal que necesitara mucha agua y calor podía cultivarse en Altai. Flandry podía comprobar la tremenda sequedad de su nariz y de la garganta. El aire era demasiado seco y frío, produciéndole una constante molestia. Una vez dentro del palacio, se sintió mucho mejor al comprobar que la atmósfera se asemejaba mucho a la terrestre.

Un sujeto de barba blanca, vestido con un ropaje extravagante de pieles le hizo una profunda reverencia.

—El propio Kha Khan ofrece a usted su más cálida bienvenida, Orluk Flandry —dijo—. Le recibirá en seguida.

—Pero los obsequios que traigo para él...

—No importa eso ahora, mi señor.

El chambelán de la corte se inclinó nuevamente, se volvió y se adelantó mostrando el camino. Pasaron a través de varios altos corredores embovedados con extraños ornamentos y tapices. En el palacio reinaba un profundo silencio. Los sirvientes se deslizaban sin el menor ruido, los guardianes permanecían inmóviles en sus puestos con su uniforme rematado en cara de dragón con sus túnicas de cuero y sus armas ostensiblemente visibles, mientras que por todas partes grandes trípodes humeaban con incienso. La totalidad de aquella gran residencia palaciega parecía en estado de alerta.

«Me imagino que he venido a trastornar alguna cosa — pensó Flandry con su innata rapidez mental—. Sospecho que aquí se está tramando tranquilamente alguna conspiración y se encuentran tan alejados de la Tierra, que para nada la tienen en cuenta. Y he aquí que, repentinamente, se presente un oficial terrestre, después de quinientos años. ¿Cuál será la reacción de esta gente? Esperemos y veamos».

Oleg Yesukai, Kha Khan de todas las tribus, era de estatura mayor que la de la generalidad de los altaianos. Su cara alargada, estaba adornada con una barba puntiaguda y rojiza. Grandes anillos de oro y lujosas ropas bordadas, le daban el digno porte de su realeza, mostrando un aire altivo e impaciente, producto de una tediosa costumbre. La mano a la que Flandry, doblando una rodilla, se llevó hasta su frente, en señal de respeto, era musculosa y enérgica. La pistola que lucía el regio personaje parecía haber sido usada con frecuencia.

Aquella cámara de audiencia privada estaba adornada en rojo, con ornamentos que le parecieron algo grotescos a Flandry; pero estaba dotada de un moderno equipo mag-